

Así el partido contrario al absolutismo, parecía desplomarse por do quiera; pero no caía con él la libertad, ese judío errante, que camina siempre, y que á pesar de que no llega jamas, no desespera nunca.

#### IMPERIO TURCO.

Con estas revoluciones se quiso confundir la de Grecia, escitada por sentimientos y necesidades de muy distinto género. El islamismo había lanzado á los arabes sobre el mundo civilizado, que ejercitando su influjo en ellos les hizo humanos y cultos; entretanto, nuevos bárbaros alternativamente se sucedieron y civilizaron; pero entre éstos, los mas afortunados fueron los turcos otomanos, que se extendieron por el Asia Menor, despues invadieron la Europa, y por último, ocuparon á Constantinopla [1453] y la parte mas hermosa de los países europeos, esto es, aquella Grecia donde habían florecido tanta ciencia y tanta poesía.

El carácter íntimo del islamismo es el reconocimiento de un solo Dios, sin ningun intermedio entre la suprema unidad y la baja humana; y el carácter exterior que de él se sigue, es la unidad del poder, quedando confundidos en el soberano, en el temporal y el religioso. Su código es el Koran y la tradición que le agregan los turcos como sumnitos (1). La ley civil está fundada en las constituciones de los reyes, las cuales fueron recopiladas en el *Kanoun* de Mahomet II. El divan, formado con arreglo á aquellas, se compone de visires, el primero de los cuales manda el ejército y dirige todos los negocios públicos; de dos grandes jueces, el de la Romelia y el de la Anatolia, es decir,

*conforme con su educacion y con sus antiguas costumbres; y que las tentativas hechas para reducir á un tipo general los usos particulares de las naciones, son peligrosas y casi siempre impracticables; sepan, repetimos, cuantos las presentes vieren, que hemos pensado que no conviene demoler el noble edificio de nuestra antigua constitucion política, compuesta de leyes sabias escritas ó tradicionales... y tanto menos, cuanto que la antigua constitucion portuguesa contiene en sí todos los elementos necesarios para garantizar la religion, la majestad del trono, la seguridad de los derechos individuales de todos los súbditos y el buen orden de la administracion pública.*

(1) El mahometismo tiene tambien, como otras religiones, sus herejes; pero los verdaderos musulmanes ó creyentes, son los que ademas de tener por santo el Koran, admiten las tradiciones religiosas del mahometismo. Estos últimos se llaman sumnitos, y ufanos de su ortodoxia, desprecian á todos los demas, y con especialidad á los persas, que secuaces de Ali, no quieren admitir de ninguna manera la tradición, porque la reputan un conjunto de falsedades, alteraciones é imposturas.

[Nota del traductor.]

de la Europa y del Asia; de tres grandes tesoreros y de varios secretarios de Estado. Despues del divan siguen cuatro grandes empleos de corte, á saber, el de gran maestro, el de tesorero, el de gran copero y el de prefecto de palacio.

Las leyes del Kanou establecen el despotismo mas desenfrenado, no interponiéndose nada entre el señor absoluto y el último esclavo. El heredero del trono se cria entre las mujeres del harem; y este príncipe relegado ayer al fondo del Serrallo se encuentra mañana dueño de la vida y de la hacienda de todos. No hay allí asambleas legislativas, ni tribunales permanentes, ni nobleza hereditaria; la única distincion consiste en ser llamado para servir al amo; y el esclavo encumbrado al puesto de visir, si al destituirle no es condenado á muerte, vuelve á su primitiva condicion.

Establecida la esclavitud en el imperio otomano, se perpetuó así como el despotismo de los sultanes, que pretendieron llevar el derecho divino hasta la exorbitancia de un poder sin freno, hasta la criminal facultad de la conquista, hasta una inhumana razon de Estado, que sujetando las conciencias á la espada, asesina á los rivales, á los hijos, á los hermanos, por asegurar la sucesion del primogénito; razon de Estado que manda dejar suelto á las hijas de las sultanas el cordón umbilical, que envia la órden de suicidarse al que infunde sospechas, que sacrifica la justicia al bien público, identificado en el capricho de un monarca. En la constitucion de Mahomet II están consignadas estas palabras: "los legisladores han declarado permitido á mis descendientes, cuando lleguen al gobierno, el dar muerte á sus hermanos para asegurar la tranquilidad del mundo. Háganlo así."

Hoy todavía son ornamento de los palacios de Constantinopla, de Hispahan y de Alejandría los craneos y las orejas cortadas; hoy todavía es máxima general, que el gran señor puede cometer siete homicidios diarios, seis el gran visir, y así descendiendo hasta el simple visir, que no puede cortar mas que una sola cabeza sin forma de juicio; hoy todavía, como en los tiempos de Darío, un sátrapa persia entierra á los hombres vivos con la cabeza abajo y los piés arriba, y se complace en pasar entre dos filas de estos desventurados, que al morir agitan con violencia las piernas que les salen de la tierra; hoy todavía el mismo sátrapa medita erigir una gran torre hecha de hombres vivos (1).

Dos legislaciones hay entre los turcos, la una religiosa y la otra civil, la primera tomada del Koran, y la segunda de la tradición fundada en las constituciones de los reyes. Los teólogos-jurisconsultos, forman la *cadena de los ulemas*, de entre cuyos individuos se nombran los doctores, los jueces y los ministros de las mezquitas, dependientes del mufti,

[1] Véanse las cartas de Texier, 1840.

el cual responde con un *fetwa* á las consultas que el sultan le dirige sobre cuestiones de derecho y de política, y sobre la legitimidad de la guerra ó los castigos impuestos á ilustres personajes. Pero si se atreviese á profesar una opinion diversa de la voluntad del soberano, sería destituido; y cuando es reo de muerte no se le estrangula ni se le corta la cabeza, pero se le tritura en un mortero que se guarda al efecto en el Serrallo.

Segun el Koran todas las cosas y personas pertenecen á Dios, el cual delega á los hombres ciertas atribuciones especiales relativas al derecho de propiedad. Algunas de las tierras que los turcos llaman *vivas*, es decir *cultivadas*, pagan el diezmo del producto, y otras un tributo territorial. Las primeras son pueblos ó aldeas que se entregaron espontáneamente al islam ó que fueron divididos entre mulsumanes, despues de estar terminados los indígenas, y otros que recibieron de Mahoma, ó de los primeros califas privilegios especiales.

La propiedad sobre las tierras de diezmo se diferencia poco de la europea, siendo directa personal y trasmisible, si bien pesa sobre ella un cánón religioso, y se perdería no cultivándola. Sin embargo, es de notar que esta especie de propiedad existe tan solo en Arabia, en el Irak Arabi, en la Turquía Asiática y en los países de Basora y de Bagdad.

Las tierras de *tributo*, esto es, las conquistadas por las armas sin haber espulsado de ellas á los indígenas, y aquellas en que se establecieron colonias no musulmanas, están sujetas á reglas enteramente diversas de las nuestras; pues que su propiedad, que es colectiva, se divide entre Dios, el soberano, la sociedad mulsumana y los descendientes de las razas subyugadas, al paso que el usufructo es individual. El que forma parte de una tribu vencida, y cada familia perteneciente á la misma, tienen derecho para cultivar libremente y por su propia cuenta una parte de la tierra poseida en comun y hacer pacer en ella sus ganados con tal que la mantengan en su ser y paguen el tributo. Por otra parte, el conquistador no puede participar de sus productos, sino cumpliendo las obligaciones que le están impuestas para con Dios y la sociedad, entre las cuales la principal es que se recauden los tributos, por mejor decir, que se libre la tierra. Por consecuencia todas las conquistas del islamismo desde Omar en adelante, fueron declaradas *nakef* (fundaciones piadosas), en beneficio de la comunidad musulmana. Una parte de sus productos, que se compone de cuanto se saca del suelo conquistado por el botín, el diezmo, los impuestos sobre bienes muebles é inmuebles y la capitacion, pertenecen á los pobres, á los enfermos y al culto.

En Turquía está arraigada la costumbre de que suceda á un sultan su hijo, aunque aquel se haya manifestado en su gobierno un déspota odioso: este método evita, ó á lo me-

nos simplifica muchas revoluciones. Para que los hermanos no se erijan en competidores, el padre y el primogénito les matan, uso inhumano mas bien que impío, pues que no pueden existir los santos lazos de familia como entre nosotros en un serrallo de mujeres celosas y de hijos rivales.

Es tambien de notar que no es la nacion turca la que domina en el país, sino un ejército, que el déspota recluta de jóvenes vigorosos de Tracia, Macedonia Servia, Bulgaria y Albania, robados ó comprados y educados en el oficio de las armas, sin lazos de familia. Uaos, como los *agiamoglanes* venian agregados en tiempos pasados al palacio, y otros, como los *icogranes*, á la persona del sultan; otros finalmente eran dedicados al estudio para entrar en los empleos civiles, militares y eclesiásticos. Cuando despues envejecian, pasaban á formar parte de la comitiva de los cuarenta *agás*, que acompañaban al emperador, y que estaban destinados á ocupar los gobiernos y los honores supremos.

Es, pues este, el gobierno mas popular, en cuanto que llama á los empleos á todos y aun á los esclavos siempre que se distinguen por méritos personales; pero éstos no tienen otra base que el favor del príncipe, adquiriendo á cualquier precio, y siendo por lo demas hombres sin lazos de familia, ni de amistad, ni de patria, no conocen mas virtud que la obediencia absoluta.

Los suplicios están sujetos á reglas como entre nosotros los honores. Para los grandes del imperio se observa la estrangulacion, que se ejecuta con un arco que tiene una cuerda entretejida con hilos de oro; la gente del vulgo es ahorcada; á los ulemas y á los militares se les estrangula sin aparato ninguno; los oficiales civiles y militares son decapitados; entre tantos suplicios son infamantes tan solo la horca y el palo. Las cabezas cortadas en las provincias, son puestas en sal y enviadas á Constantinopla, donde se las fija en diversos puntos. Por ejemplo, la de un visir ó la de un bajá de tres colas, es colocada en una fuente de plata sobre una columna de mármol cerca de la segunda puerta del Serrallo; la de un bajá de dos colas, la de un general ó de un ministro sobre un tajo de madera mas abajo de la primera puerta del mismo edificio, y delante de esta se amontonan las cabezas de los de calidad inferior.

Nosotros consideramos al imperio turco como fuera del derecho comun, y semejante á una horda armada, que ha colocado sus tiendas en los países mas hermosos de Europa y Asia, teniendo en la prolongada miseria de la ignorancia y de la barbarie á naciones verdaderamente acreedoras á este nombre; á naciones, cuya voz lastimera debe ser atendida mucho mas que el ruido aterrador de los tambores del ladron otomano. Todo aquello que nosotros consideramos como barbarie, y de lo cual nos gloria-

mos de vernos exentos, subsiste en Turquía. Las propiedades no son seguras, siendo el sultán el único dueño á quien pasa una parte de ellas, cuando el muerto tiene herederos, y el todo cuando no los tiene; los empleos son conferidos al que los paga; se compran y se venden los testigos; se roban las mujeres para poblar los serrallos, y los hijos de los particulares para hacerlos eunucos ó prostituirlos. Los turcos, no estando adheridos al suelo, ni habiéndose elevado jamás á la dignidad de nacion, exigen un tributo del país, donde la organizacion municipal, que ha sobrevivido á la conquista, ha impedido la alteracion del deseo y de la necesidad de independencia, en donde se mantienen los turcos tan solo porque su poder central es superior á las leyes anárquicas de los oprimidos y de los insurgentes, á quienes las pasiones tambien dividen y debilitan.

La fuerza material y el fanatismo, principales elementos de robustez para el imperio, y que lo han sostenido hasta ahora, actualmente son los mismos elementos de que podría echar mano para su regeneracion; pero como repugnan ya demasiado á nuestra sociedad civilizada, se manifiesta á cada paso y tiene que manifestarse aun mas la decadencia de ese imperio. La reforma es muy difícil donde la ley es religion, y donde se opone á las innovaciones el poder militar asociado al religioso de los ulemas.

Creese que Amurat fué el que estableció la milicia nueva conocida bajo el nombre de genizaros, tropa permanente cuando todavía no la tenían los monarcas de Europa, y compuesta de jóvenes robados á los cristianos; medida política y perversa que separaba á éstos de su patria y de su familia para inspirarles afecto únicamente á su bandera, la cual era roja, y desplegada al viento hacia relumbrar la media luna de plata y la cimitarra cortante de Omar. Estas tropas manifestaban su cólera, próxima á estallar en abierta revolucion, reuniéndose en torno de una marmita ó volcándola.

Primero fueron solamente mil, despues doce mil en tiempo de Mahomet II; luego veinte mil en el reino del gran Seliman; y el doble en el de Mahomet IV, hasta que llegaron á ser omnipotentes.

Desde el siglo pasado no se reclutaba ya esta milicia entre los jóvenes robados á los cristianos, sino solamente entre los hijos y parientes de genizaros, lo cual daba á su cuerpo mas unidad y solidez. En campaña vivian como todo el resto del ejército sobre el país; en tiempo de paz doce mil recibian una escasa paga, los demas se vestian y mantenian de su cuenta, por lo que se veian obligados á trabajar como panaderos, zapateros, ó bateleros. Esto les familiarizaba sobremodera con el vulgo, y les hacia terribles en los tumultos y asonadas que costaron la vida á cinco sultanes, y el trono á muchos. Sin embargo, tambien eran tiranos del pueblo, y algunas veces embargaban á todos los

carpinteros y albañiles de Constantinopla para levantar un cuartel ó hacer y adornar una rica tienda. Entre los privilegios que habian abrogado, tenían el de tostar y moler el café, el cual no podia ser comprado sino en un solo sitio de toda la ciudad. Cuando la batalla de Lepanto quitó las fuerzas del imperio, los sultanes habiendo cesado de ser guerreros, se entregaron á la devocion, y entonces prevalecieron los ulemas, los cuales se concertaron con los genizaros, fomentando su licencia y rapacidad, preparando con largos artificios los golpes en que éstos habian de figurar como instrumentos. Al comenzar el siglo actual, habia solamente en Constantinopla cuatrocientos ochenta y cinco mezquitas para la oracion del viernes, y cinco mil ordinarias; de aquí la caterva de ministros del culto, tenacísima para defender los usos antiguos.

En el siglo pasado; el imperio turco tenia un tesoro, si no mejor ordenado mas pingüe en productos que el de las potencias europeas. El *mir* ó erario público, recibia las rentas de la capitacion, que se pagaba desde la edad de catorce años en adelante; de las salinas, de los bienes de la corona, de las aduanas, de los impuestos sobre el café, sobre el tabaco, sobre las drogas; y el *kasna* ó erario particular, se proveia con los tributos de los hospodares de Moldavia, Valaquia y Rágusa; con los impuestos sobre el Egipto, con el diez por ciento sobre la venta de predios, sobre las multas, confiscaciones y heredades abandonadas.

Las tropas turcas sufren las fatigas militares mejor que las europeas; atacan con ímpetu; se muestran obstinadas en la resistencia mientras les queda esperanza, y cuando la han perdido se dispersan sin que sea posible volver á reunirlos. El poder del imperio turco, exactamente como el de los otros que existian á la sazón en Europa, se fundaba sobre los soldados.

Entre tantos ilustres monarcas europeos, habia obtenido reputacion Mustafá, hijo de Acmet III. Aleccionado por las desgracias y por los consejos de su padre, habiendo fortalecido su ánimo con el estudio y la reflexion; amante del trabajo y de la justicia, puso su confianza en Mehemet Raghíb, bajá de Egipto, uno de los visires mas distinguidos de la época de la decadencia. Este promovió reformas oportunas, reorganizó la hacienda, é indujo á su señor á quitar á los kislagará ó gobernadores del serrallo, la administracion de los fondos destinados á mantener el harem; con lo cual hizo mas poderoso que nunca el cargo de gran visir, desembarazándolo de las cábalas interiores.

Mustafá (1757), rígido observador del Koran, hacia ejecutar con severidad inexorable las leyes suntuarias del imperio, y paseándose por las calles acompañado del verdugo, mandaba descuartizar ó ahorcar á los que veia lujosamente ataviados. Cuando el vulgo le culpaba de avaro, respondia que en

Hegando la ocasion de gastar útilmente, se veria lo contrario; y en efecto, renovó caminos y puentes, fundó cátedras y bibliotecas; hizo traducir al turco el *Principe* de Maquiavello, la refutacion que hizo Federico II de aquel libro, y los *Aforismos* de Boerhaave. En las academias pronunciaba de viva voz sus discursos.

Esforzose tambien Mustafá en poner remedio á la decadencia del imperio; é indignado de las últimas cesiones hechas á los cristianos, habria deseado hacer la guerra hasta por sentimiento religioso; pero lo contenia Raghíb, poniéndole de manifiesto las decisiones de los ulemas favorables á la paz y la cuenta de los enormes gastos. Sin embargo, el imperio otomano amenazaba ruina por todas partes, y le negaban su obediencia, ya los bajas, ya los mamelucos de Egipto, y la Puerta entre tanto no tenia bastantes fuerzas para subyugarlos. Catalina II, que ansiaba la ocasion de abatir aquel imperio, despues de haberle quitado la Crimea y otras provincias, amenazó de cerca á Constantinopla; pero el turco pudo todavía oponerse con fuerzas poderosas, y á José II costó caro su frenesí guerrero contra el sultán, habiéndose visto obligado á pagar trescientos millones de francos, despues de haber perdido cien mil hombres, por lo cual á su muerte, Leopoldo su sucesor, hizo la paz en Szistowe (4 de Agosto de 1791), tomando por base el *statu quo* de 1788, y restituyendo las tierras conquistadas, con especialidad la Valaquia y la Moldavia, mientras que la Puerta por su parte puso en libertad gratuitamente á los prisioneros de guerra: primer ejemplo de un hecho semejante, contrario á sus ideas religiosas.

Los rusos mandados por Suwarof derrotaron repetidas veces á los turcos, hasta que el diván entró en pactos con sus enemigos. La paz de Jassy constituyó como frontera de los dos imperios el Dniester (1792); así que la Rusia cedió la Besarabia, Bender, Akierman, Killa, Ismail y la Moldavia; la Puerta salió garante contra las piraterías de los berberiscos y las incursiones de los tártaros.

Aunque los ulemas aseguraban que los muertos en campaña iban á habitar el paraíso con los mártires, las desgraciadas empresas escitaban el descontento de los musulmanes, y su mal humor se espresaba con incendios cotidianos. Selim III, que sucedió al buen Mustafá, habiéndose manifestado feroz y receloso, casi no se atrevia á salir de su palacio. Fué entonces cuando ingleses, franceses y rusos, sucesiva ó mancomunadamente, hicieron la guerra al débil imperio, vacilante en sus alianzas. Napoleon trató de despertarlo y de reanimar su espíritu guerrero [1], no cuidándose de que esto po-

(1) En Santa Elena decia haber escrito á Selim: "Sultán, sal de tu serrallo, ponte al frente de tus tropas y resucita los días gloriosos de tu monarquía."

dria poner en combustion la Europa y en peligro la civilizacion, pues que era su principal intento hacer del sultán un instrumento de venganza contra sus enemigos. Pero adoptó para ello artificios muy desacertados, como la imprenta y la narracion de sus batallas, que no produjo mas efecto que el infundir miedo, no impidiendo entre tanto que los rusos hiciesen la guerra á la Puerta como aliada de los franceses, ni que llegasen como conquistadores á Ismail y obtuviesen la ventajosa paz de Jassy. Por otra parte, cuando quiso alucinar á Alejandro para que no reparase en sus usurpaciones, convino secretamente en Tilsit con aquel emperador en "librar de las vejaciones de la Puerta las provincias de Europa, á escepcion de Constantinopla y de la Romelia."

Esta decadencia constante del imperio turco, demostró á Selim la necesidad de innovaciones, y habiendo visto que el despotismo, el silencio y los puñales no habian asegurado el poder de sus predecesores, pensó en reformar el ejército y la hacienda. Por tanto, estableció un impuesto sobre el vino, y creó una milicia nueva al lado de la de los genizaros, la cual dió de sí buenas muestras en el sitio de Acre. Pero los ulemas murmuraron, y fueron secundados por los mismos genizaros, los cuales enconados de que el sultán queria encaminar á los turcos por la senda de la civilizacion (1807), ó por mejor decir, reducirlos á la debilidad, volcaron sus terribles marmitas (1) [1807] y difundieron el incendio y el estrago por Constantinopla. Selim los excomulgó, y dirigió contra ellos el ejército de los cuarenta bajas; pero los genizaros vencieron, y le privaron del trono, derribando las instituciones del sultán filósofo, y cortando las cabezas á sus favoritos.

Mustafá, porta-estandarte (*lairaktar*) bajá de Rutschuk, acudió á la capital con un ejército, y habiendo vencido á los jefes de la revolucion, quiso restablecer en el trono á Selim; pero lo encontró asesinado, por lo que hizo cenir la cimitarra á Mahmud II, sobrino de aquel, y comenzó á gobernar con severidad y energía.

Entonces sus contrarios enfurecidos se sublevaron, gritando viva Mustafá IV; pero el bairaktar hace estrangular inmediatamente al que los genizaros han proclamado sultán, y hace volar al mismo tiempo un almacén de pólvora, que les sepulta bajo sus escombros con los jefes de la revolucion (1808).

Mahmud, habia vivido hasta los veintidos años bajo la tutela de las mujeres del serrallo y de los ulemas, segun la costumbre observada en Turquía con respecto á los futuros sultanes. Este nuevo emperador, á quien algunos se complacen en elogiar como reformador, no viajó nunca por países extranjeros, ni conoció su lengua; pero hallándose

(1) Era esta la señal de una rebelion, como hemos dicho mas arriba.

prisionero con Selim, éste le anticipó las lecciones de la experiencia, le inspiró odio contra los genizaros y deseos de innovaciones, pero á la turca. Dotado Mahmud de las mismas cualidades que Selim y de mayor firmeza aún, eligió buenos ministros, multiplicó los actos de venganza y de castigo, y se propuso eximir á la autoridad de tantas trabas (1).

(1) Mahmud II, aunque criado como todos los demas herederos del imperio turco, en el fondo de un serrallo, apenas llegó á ocupar el trono de Constantinopla, manifestó un despejo superior á la educacion recibida, y una inclinacion resuelta en favor de las costumbres y sistemas politicos europeos. Contribuyó sobremanera á desarrollar su talento y á colocar en empleos importantes á muchos italianos dotados de buenas luces y elevado ingenio, cierto médico napolitano, llamado Gizzi, que disfrutaba de la confianza y aprecio de Mahmud II. Este emperador, que habia llegado á comprender la nulidad y contradicciones palmarias del Koran, tan opuesto á las costumbres y civilizacion de Europa, aunque fingia mirarle como un libro celeste, se esforzaba en reformarlo, proponiendo dudas y aclaraciones al mufti y al cuerpo de los ulemas. Su conducta en la vida privada, sus trajes, gran parte de la etiqueta de su corte, eran completamente europeos. Mahmud cruzaba casi todos los dias las calles mas pobladas de Constantinopla ó de algunos de sus arrabales en un elegantísimo coche, tirado por un caballo, y presentándose en público vestido con un gaban blanco, llevando en la cabeza un sombrero blanco tambien, en vez del gorro griego ó turbante, mientras no ignoraba que semejante traje, y con especialidad el uso del sombrero, se juzgaba contrario á lo que mandaban las costumbres mahometanas y tambien su religion. Con este motivo los musulmanes ya ancianos y observadores escrupulosos de la ley de Mahoma, le culpaban de heregia y le odiaban, al paso que los jóvenes le consideraban como un emperador amante del progreso. Hasta entonces los sultanes, que se mostraban en público casi únicamente en dias de gran funcion, creian que era contra su decoro corretear como privados por la ciudad, y miraban con desprecio, ó á lo menos con indiferencia, á los europeos, comunmente llamados francos en todos los paises turcos. Pero Mahmud, observando una conducta enteramente opuesta, y secundando las insinuaciones de su principal ministro Reis-Effendi, comunmente titulado Rechid-Bujá, que habia permanecido largo tiempo en París, escarnecia las preocupaciones añejas, y recorria la ciudad y muy frecuentemente el Teké, sitio en donde tienen sus tiendas muchos negociantes europeos, los cuales al ver al emperador se acomodaban delante de sus puertas, haciéndole profundas inclinaciones y quitándose el sombrero (a). Esto agradaba mu-

[a] Por los años de 1832 era gran moda en París presentarse en las tertulias de mucho tono con el sombrero puesto en el hueco que dejaba el brazo izquierdo, situado de modo que formase

Mahmud lo habia encontrado todo trastornado al subir al trono. La Persia, suene-

cho á Mahmud, porque tenia por ridiculo y grosero el saludo de los turcos, que consiste en quitarse los zapatos delante de las personas distinguidas, y con especialidad cuando era el sultan. En efecto, Mahmud, se manifestaba pesaroso de los francos cuando no se daban prisa en saludarle á la europea, y un dia escediéndose en su cólera, descargó dos puñetazos en la cara á un capitán de marina europeo, que habiendo visto en Topaná, que es un embareadero, al emperador, no se dió prisa en quitarse el sombrero. Aquel hombre á semejante acto de violencia se quedó como aturdido, pero Mahmud vuelto inmediatamente en sí de la cólera, le dijo en tono mas bien afable que brusco: "¿No habias visto que estaba aquí el emperador? ¿por qué no le has saludado?" y trabó una corta conversacion con él. Admiraba todo lo que de las varias partes de Europa llevaban de mas precioso á Constantinopla, y lo buscaba con ansiedad, siendo su intento inspirar el amor á las reformas en los jóvenes, porque éstos únicamente podian cooperar á la regeneracion nacional. Muerto Mahmud, su hijo, actualmente sultan, se adhirió á las insinuaciones del cuerpo de los ulemas, que retrógrados por interes y por conviccion, odiaban la memoria del pasado emperador. Con esta oportunidad vamos á contar una anécdota bastante curiosa á nuestros lectores, la cual se publicó pocos meses despues de haber ocupado el trono de Constantinopla el hijo de Mahmud. Uno de los ulemas mas fanáticos, un dia de solemnidad antes de llegar á la gran mezquita, que fué en otra época un templo cristiano, el emperador, se ocultó en un rincon de ella y cuando el sultan se encontraba ya allí rodeado de su corte, levantó una voz lamentosa, pronunciando estas palabras: "Jefe de los verdaderos creyentes, yo soy el alma de tu padre Mahmud condenada á sufrir eternamente por no haber observado la ley de nuestro santo profeta; hijo mio, anula mis reformas, y observa estrictamente los preceptos del Koran, si quereis la salvacion eterna." Estas palabras causaron mucha impresion en los ánimos de los circunstantes, y con especialidad en el del emperador; pero despues de haberse soségado, empezaron á registrar toda la mezquita, y finalmente, encontraron al fanático ulema, autor de aquella farsa, el cual fué arrestado y castigado con mucha severidad.

Toda la nueva generacion de los turcos constantinopolitanos recuerda todavia con cariño la memoria de Mahmud II, é inmediatamente despues de su fallecimiento, se compusieron en aquella capital varios himnos en honor del muerto emperador, los cuales se cantan aún con acompañamiento de instrumentos músicos y en tono muy patético por las calles de Constantinopla, y en

una media curva, inclinar con exajeracion el cuerpo hácia adelante, colocar el otro brazo de la misma manera que el primero, é inclinar mucho hácia atras las caderas y toda su armazon correspondiente. ¡Cuán graciosas son las modas!

miga, habia inducido á la rebelion al bajá de Bagdad; los wahabitas se habian apoderado de la Siria y de la Arabia; los ejércitos rusos ocupaban las orillas del Danubio y del Kuban; la Bosnia y la Servia se habian amotinado, y Alí, bajá de Janina, favorecido por la Gran Bretaña, intentaba quitarle la Albania y las islas Jónicas.—En lo interior no habia ni dinero, ni soldados, ni confianza, siendo los genizaros rebeldes y los ulemas contrarios a la marcha del gobierno. Al principio la fortuna secundó los esfuerzos del sultan, el cual *recobró las llaves* de las ciudades santas de Arabia; reprimió á los sátrapas rebeldes de Widdin y de Bagdad; redujo á silencio á los afghanes y á disciplina á los mamelucos; infundió nueva vida al ejército, terminó con la paz de Bukarest la larga guerra de Moldavia, hizo la paz con Rusia, amenazada por un enemigo mas fuerte, renunciando á los distritos y ciudades de la izquierda del Pruth, y finalmente, se dedicó á realizar mejoras interiores, entre tanto que lo dejaban libré la Rusia y el Austria, que tenian que haberse las con Napoleon.

Las ideas de la revolucion, las victorias de los ingleses en la India y las de los wahabitas en Arabia, habian entibiado el celo religioso de los musulmanes; los cuales estando ahora sujetos á un solo tirano, mas bien que á muchos, podian decir, haber hecho una conquista. En efecto, el pueblo cobró amor al sultan, y éste, que disfrutaba ya del aura popular, se encontró en el caso de desplegar mas osadía para llevar á cabo mayores proyectos. Por lo demas, pudo librarse sin muchas dificultades de la saña de los genizaros y de los ulemas, porque siendo el último vástago de su estirpe, se temia de que se extinguiese con él el califato.

Asistíale con sus consejos Halet-Effendi, el cual habiendo sido embajador en la corte de Napoleon, habia podido meditar todas las reformas posibles al imperio turco, y presentaba todos sus proyectos al sultan, que le honraba con su alta confianza. Mahmud llenó por su consejo las cercanías de la capital de largos palos fijados en el suelo, sobre los cuales se hicieron espirar con atroz tormento

varias casas de los turcos mas distinguidos, los cuales cuando quieren obsequiar á un extranjero que se les presenta, los hacen repetir con mucho aparato.

Lo que acabamos de consignar en esta nota lo hemos entresacado, no tan solo de algunas biografías muy modernas de Mahmud II, sino tambien de relaciones fidedignas de ilustrados viajeros, entre los cuales merece ocupar un puesto nuestro amigo señor don Francisco Zoleo, conocido en España por varias lindísimas composiciones poéticas, en idioma italiano, el cual estuvo largo tiempo en Constantinopla enterándose de las costumbres de aquella nacion, recogiendo noticias muy curiosas y no dejando de apuntar lo que observaba de mas interesante.

[Nota del traductor].

centenares de los muchos bandoleros que la infestaban. Contra este ministro, pues, se dirigió el odio de los genizaros, y el emperador, dando oído á sus quejas, le desterró concediéndole á fuerza de suplicas y lágrimas un firman que le aseguraba la vida; pero á pesar de esto, apenas se puso en marcha Halet-Effendi, su señor le mandó degollar, y la confiscacion de sus bienes produjo al tesoro diez millones de piastras.

Cuando los ingleses salieron de Egipto despues de la breve ocupacion francesa, habria debido restituirse aquel país á la Puerta; pero los mamelucos, que siempre lo habian dominado, restauraron su poder anárquico, sacando partido del abatimiento en que yacian los otomanos. Eran aquellos unos tiranos feudales que obedecian, cuándo y mejor se les antojaba, al bajá enviado por el divan de Constantinopla; pero la Puerta, resuelta á acabar con los mamelucos, no tan solo prohibió que se llevasen á Egipto jóvenes de la Circasia y de la Georgia, sino que recurrió á sus medios acostumbrados, es decir, á la astucia y á la traicion. Habiendo, pues, el almirante turco invitado á comer á los jefes de los mamelucos, les hizo prender y fusilar; pero el anciano Ibrahim y el joven Bardissi, que eran de los principales entre éstos, huyeron. Kosrew, nuevo bajá enviado al Cairo, y que debia afirmarse en el mando con sus soldados, que eran lo mas selecto de todo el imperio, continuó la guerra de estermio contra los mamelucos. Sin embargo de esto, los beyes se rehicieron animados por Mehemet-Alí, que era un oscuro vendedor de tabaco de la Cavala en Macedonia. Este hombre, habiéndose trasladado al Cairo como jefe de arnautas, se puso á la cabeza ya de una faccion, ya de otra, consiguiendo finalmente engrandecerse sin haber reparado nunca en los medios que pudiesen satisfacer su ambicion. Mehemet-Alí, verdadero leon, á quien podia tambien convenir por su carácter astuto el nombre de raposa, despues de haber derrotado á Kosrew, llegó á ser gobernador, y aclamado por el pueblo, esto es, por los soldados y por los ulemas, tomó el dolman de honor, y á través á caballo todo el país, saludado con generales y ruidosos aplausos. La Puerta entonces se vió obligada á reconocer los derechos del nuevo dominio establecido en Egipto, considerando aquella provincia en el mismo estado en que se encontraba antes de la invasion francesa. En tanto el astuto y ambicioso Alí, decia: *El Egipto está en almoneda, y será de aquel que dé mas dinero y el último sablazo*. La Puerta, pues, se halló en el duro trance de confesarse inferior en fuerzas, al paso que se veia amenazada tambien en el otro elemento constitutivo de su existencia; á saber, el fanatismo.

Los wahabitas, secta fundada en 1730, rechazaban toda especie de tradicion, y se proponian establecer la rigurosa observancia del islamismo segun se hallaba en los primitivos